

## La Navidad tiene voz de juguete

*El Nacional*, 1955-12-04.

El hombre estaba colocando en la vidriera un perro blanco y marrón con grandes orejas, pardas. Antes había dispuesto con arte de vendedor unas muñecas con ojos azules igualitos, dos caballitos de ruedas y un montón de carros, motocicletas y barquitos regados, dentro de los maravillados límites de este mundo del juguete. Pero cuando el muchachito llegó a la mano de su mamá a la altura del negocio, lo que el hombre estaba colocando en la vidriera era sin duda un perro blanco con motas marrones y dos orejotas nobles tapándole los ojos. Entonces el muchachito se paró de puntillas y señaló con el dedo para decir:

– Mamaíta...¡"Polo"!

La mamá miró al perro, sonrió, animó al muchachito a llegar hasta el espejote que era aquella vidriera llena de juguetes, y después dijo:

–Tienes que pedírselo al Niño Jesús, mi amor; si eres bueno te lo trae.

El hombre de la vidriera miró al niño con simpática complicitad, le sonrió, y sacudiendo al perro dijo:

– ¡Au, au!...

Después, el hombre siguió llenando la vidriera de juguetes, porque lo vi; la mamá se fue prometiendo cosas al niño, porque el niño no entendía la razón de la demora y la mamá levantó un poco la voz; y el niño comenzaría a soñar con aquel amiguito de lana con dos orejotas enormes, porque aquel niño no iba a ser diferente de otros niños en quienes prende la ilusión de un juguete cuando dicen: "Mamaíta!"... y se paran sobre las puntas de sus pies como para alcanzarla, como si la ilusión no se hubiese atrevido a defraudarlos todavía.

\* \* \*

La ilusión nace de muy poco. A veces brota de la simple casualidad de una mirada. La ilusión infantil por el juguete es un mundo extraordinario que puede tener la forma tierna de un corderito blanco, o de un caballo grandote de madera, o los ojos brillantes de cristal de una muñeca. Y cuando brilla esa ilusión en unos ojos de verdad, pues crece, se agranda hasta soñar y quiere como sólo se quiere y se sueña en ese mundo de ilusión que brota de la poesía sin límites de un juguete.

En el mundo de ilusión infantil el juguete es un ser real, de la realidad de nuestra vida de juguete. Es el objeto o el amigo a su medida. El maravilloso mundo del juguete tienen la dimensión sin límites de la imaginación, y cabe en un ranchito con la misma holgura de rico con que caben los pensamientos en la cabeza o los dolores en el corazón. Y no tiene precio. Se consigue un sueño hermoso por apenas nada o se le niega a quienes quieren conquistarla a cualquier precio. Como en la vida de juguete en que la

poesía de lo elemental se da y se niega de forma tan sorprendente para los que miden las riquezas con dinero.

Hay época en que prende la ilusión del juguete mejor que en otras. Es como el tiempo del boliche, o las metras, o la perinola, o el papagayo, o el trompo, o el gurrufío, que van y vienen misteriosamente con cierto clima especial de madurez y de fastidio. El tiempo del juguete es eterno y de todas las estaciones, pero a medida que se acerca diciembre ya alcanza su clima ideal, y después de Reyes ya comienza a perderlo misteriosamente.

Primero es un clima de espera, de planes, de sueños dichos, en alta voz o en cartas con direcciones de cielo. Después llegan los contratiempos o los sueños cumplidos. Para estos comienzan ya para fines de enero, o antes, a perder los juguetes el color, la forma y ese encanto especial que tenían en sueños o montados con su aire marcial o desmoronado en la vidriera; pero para los defraudados queda para mucho tiempo el vacío amargo de una Navidad sin juguete.

\* \* \*

Esta oportunidad de influir en la creación del mundo ideal del niño plantea problemas de responsabilidad trascendente.

De llenar ese mundo de esperanza noble aún vacía de recuerdos con estruendo de tiros y persecuciones, o con rigideces agresivas de plomo, o con amenazas de tanques, o con astucias de gangster, a deslizar suavemente la poesía vital que despierten los sentimientos de bondad, de amistad y de trabajo hay el salto vertiginoso de una simple decisión que es de nuestra entera responsabilidad.

He ido a recorrer las vidrieras caraqueñas en este nuevo trance del juguete, el prendedor de ilusiones de tanto niño que escribe su cartica al Niño Jesús. Porque el tiempo del juguete navideño nace de estas exhibiciones que poco a poco van colmando las vidrieras, después llenan los zaguanes de esta Caracas de fiebre comercial, y por último, desbordan con música y colores las calles, las plazas y los carros de la ciudad.

Y hay mucho juguete lindo. Hay maravillas de juguetes con tripas de mecanismos sorprendentes. Mucho juguete que cumple noblemente su función humana. Pero hay también mucho cañón, mucho avión de bombardeo, mucha flecha para matar indio y mucha pistola de gangster para jugar a atracos.

–Nosotros, los vendedores –me decía un comerciante cerca de Catedral– no podemos ser responsables del gusto infantil. Si lo que quieren son tanques y aviones a chorro pues tratamos de obtenerlos de donde hay.

Sin duda que la responsabilidad de la preferencia infantil no puede caer enteramente en los vendedores de juguetes. Tocaré su parte a los negociantes de muñequitos gangsteriles, a los responsables de programas de cine y de televisión en que matar a una persona resulta tan divertido que hay lamentos infantiles si no dan en el blanco de un ser humano. Y sobre todo corresponderá un gran pedazote de esta responsabilidad a los padres que no procuran para la salud moral de sus hijos otro alimento que el espectáculo triste de hombres perseguidos y hombres perseguidores por razones que aún la pureza infantil no ha llegado a comprender.

\* \* \*

¿No se han fijado ustedes en esos niños que miran a través de las vidrieras con ojos tristes en los días próximos a la Navidad? Recorrí muchas vidrieras sin encontrar ninguno. Aún el tiempo, sin los aguinaldos, sin los adornos y las luces que se exhiben más tarde, sin los nacimientos, no está en sazón. Ahora los ojitos infantiles sólo comienzan a despertarse, a escribir los borradores de los mensajes al Niño Jesús. Pero en el Este encontré a un muchachito que multiplicado por unos miles daría la suma de los niñitos que escoltan las vidrieras venezolanas los días próximos a la Navidad.

– Yo me llamo Miguelito... Yo no soy de aquí, soy de Curiepe... Esto me gusta más... Yo lo que quiero es un cajón de limpiá... Pero no tengo bastante, no tengo sino tres reales... El cajón completo vale como un fuerte... Yo me vine en un camión, me trajeron. Vivo por los lados de Sarría... ¿Me regala un realito?... Sí me gustaría tener juguetes, pero me falta la plata. A mí me gustaría... este... ¡una bicicleta! –y los nueve años de Miguelito se volvieron aspas para pedalear en una bicicleta imaginaria.

Pero Miguelito no tendrá ninguna bicicleta ni acaso nada que cenar en la Nochebuena. Lo que sentirá Miguelito, estos días pascuales, de cenas familiares y de luces hogareñas será un resentimiento extraño, instintivo, contra los que tienen de todo. Y acaso cualquiera de estos días de las tiendas llenas, o fuerce un carro, o lo prenda la policía, y en la Nochebuena se sienta culpable de algo oscuro. O no culpable, que es otra alternativa peor.

\* \* \*

Y sin embargo, la mayoría de los que carecen de juguetes será gente humilde que no es capaz de un gesto de rebeldía así, sino que llorará tristemente la frialdad de vacío que ha dejado un juguete que el Niño Jesús, "tan maluco", no le trajo, como trae a otros muchos niñitos que él conoce.

¿Por qué resulta el juguete tan caro en Venezuela? Esta es la pregunta que hice a un comerciante de El Silencio.

– Hay juguetes de todos los precios. Los hay buenos, que cuestan más, y los hay baratos.

– Pero el juguete standard es caro también.

– Los aranceles, el hecho de que son importados.

– ¿Por qué no se fabrican en el país?

– Hay algunos que lo hacen pero la competencia es difícil.

Le voy a dar la dirección de una fábrica de juguetes que quebró.

Fuí a ver al fabricante:

– Resulta caro porque el mercado es reducido, y el plástico y la fabricación en serie exige mercado para resultar económico. Yo me defendí un tiempo con el juguete de madera, que exige más trabajo de artesanía y ocupa mayor espacio en los buques que los traen. Pero tampoco puede. ¿Quién puede competir con el juguete japonés?

Y aquí surge el tráfico desagradable de gentes trabajando casi por nada para llenar el mundo de juguetes extraños a precios que no dejan trabajar.

\* \* \*

Y entre este coincidir problemas económicos y morales y sociales, el niño eterno, el que fuimos nosotros, el que fueron nuestros padres, el que serán nuestros hijos, guarda el lugar más noble de su corazón para ofrecérselo a un juguete, que puede tener la forma de un corderito blanco o de un caballo grande de madera.